

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

ESQUEMA:

TEMA 1. La identidad relacional de la familia

Dentro del plan formativo de Familias de Betania, tras los cuatro primeros años titulados “Poner los cimientos”, comenzamos este curso el segundo bloque que lleva por título “Edificar la casa”. Este nuevo grupo de temas abarca un periodo de otros cuatro años. El tema que nos corresponde estudiar este curso lleva por título: *La genealogía de la familia: urdimbre de las personas*. Tras haber estudiado en los años precedentes la paternidad, la filiación y la fraternidad, se trata ahora de comprender mejor cómo la familia va generando a las personas, y al mismo tiempo cómo las personas van edificando la familia.

El objetivo de este curso consistirá, por consiguiente, en profundizar en la identidad de la familia. San Juan Pablo II escribió la *Carta a las familias* con motivo del año internacional de la familia de 1994. Aquel mismo año dieron comienzo en Roma los encuentros Mundiales de familias. En aquel evento lanzó audazmente esta pregunta: “Familia, ¿qué dices de ti misma?” La cuestión, como él mismo explicó, tenía su inspiración en el Concilio Vaticano II en el que se formuló una pregunta parecida: “Iglesia, ¿qué dices de ti misma?” Si a este interrogante se respondió que la Iglesia es luz de las gentes (*Lumen Gentium*), a la primera San Juan Pablo II esbozó la siguiente respuesta: Tú eres gozo y esperanza (*Gaudium et spes*). Estamos a punto de celebrar los cincuenta años de este último documento conciliar. En este medio siglo transcurrido hemos podido ser progresivamente más conscientes que la familia se ha ido convirtiendo en el camino primero y principal para la Iglesia. Los dos sínodos de obispos consecutivos que el Papa Francisco ha convocado lo demuestran de manera muy palmaria.

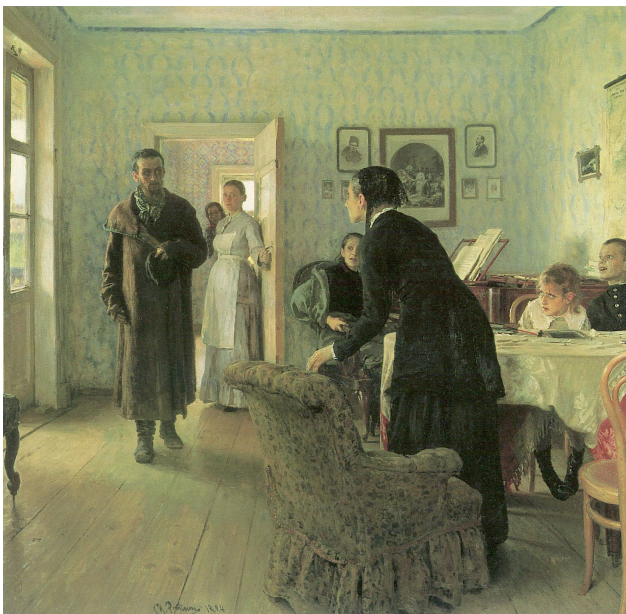
1) La actualidad de la cuestión

Los cambios experimentados por la familia en las últimas décadas han sido significativos. Estas transformaciones han provocado que en la actualidad la cuestión de la identidad de la familia se plantee con acentos y en términos nuevos. La dificultad mayor para reconocer la identidad de la familia se encuentra quizás en el influjo distorsionador de las ideologías. Su enorme capacidad alienante ha conducido a que, tras haber anunciado de modo pseudoprofético a finales de los años 60 la muerte y desaparición de la familia, se hable ahora de tipos o modelos de familia. Su pretensión es que se abandone la verdad sobre la identidad de la familia, y se pase a una serie de opiniones todas igualmente válidas sobre la misma. Al querer imponer la opinión propia en una lógica de poder, la ideología va a utilizar la manipulación del lenguaje y los medios de comunicación social para que las personas dejen de buscar la verdad.

Las revoluciones sexuales del siglo XX (tanto la de 1917 unida al marxismo, como la de 1968 vinculada al mayo francés) han configurado una cultura hipererotizada, pansexual, donde la sexualidad reducida a genitalidad se convierte en producto de consumo para la libertad individual. El enganche sexual (*sex-appeal*) ha llegado a ser moneda de cambio para los más variados productos. Esta visión reductiva del hombre tergiversa y oscurece los significados más básicos del cuerpo y la sexualidad humanas. Podemos observar que en nuestra cultura se verifica una cierta tiranía del deseo invasiva que pretende dominarlo todo. Si alguien nos mira a través de una máscara no sabemos nunca cómo nos mira. Es lo que hacen las ideologías como tergiversación de la realidad ocultando sus intenciones y generando confusión y desorientación a través de sus sofismas. De este modo, las relaciones interpersonales se diluyen progresivamente, y se promueve un sujeto débil, frágil, fragmentado e inconsistente. Por ello es necesario desenmascarar el discurso ideológico para afrontar con realismo la cuestión de la verdad de la familia.

La pregunta por la familia no es teórica, vaga, ni abstracta, sino muy real y concreta. Tiene una relación muy directa e inmediata con nuestra vida real, con la experiencia con la que nos identificamos fácilmente, pues constituye nuestro día a día. Nada de lo humano nos resulta extraño y, por tanto, no existe una familia ideal, de escaparate, de vitrina, sino familias reales de carne y hueso, las nuestras, con sus luces y sombras, con sus cualidades y defectos, sus logros y fracasos...La familia está llena del realismo concreto de los afectos y las elecciones que van configurando la vida de las personas.

2) *Una identidad dinámica, narrativa*



Iliá Yeffimovich Repin es un pintor ruso del siglo XIX que se enmarca en la corriente del realismo con influjo de la pintura impresionista. El mismo Repin diseñó su casa, situada a unos cuarenta kilómetros al Noroeste de San Petersburgo, en el istmo de Karelia. La finca llamada Los Penates, debe su nombre a los ídolos romanos protectores de la familia y del hogar. El cuadro representado es su obra maestra en el tema del movimiento revolucionario ruso. Bajo el título "No lo esperaban", se representa la sorpresa de los miembros de una familia ante la llegada al hogar de

un exiliado político. Cada personaje de la familia se sitúa frente al exiliado de un modo particularmente concreto. El cuadro está lleno de dinamismo y penetración psicológica. Contemplando esta pintura, podemos pensar en la situación en la que se encuentra Europa ante la avalancha de refugiados que le llegan.

Acercándonos a la experiencia concreta y viva, podemos decir que la identidad de la familia es una identidad dinámica, profundamente narrativa. ¿Qué quiere decir narrativa? El lenguaje más propio de la experiencia es el relato. El relato es un discurso que da unidad y coherencia de sentido a los acontecimientos y facilita una identidad al sujeto que contándola se relata en la misma. El relato teje así la trama global de la experiencia y permite tomar consciencia de la misma, así que la experiencia existe realmente cuando se relata y el signo de que algo se ha convertido en experiencia es que se puede contar.

Cuando se ha constituido un relato, forma una (pequeña o grande) tradición, esto es, un vínculo que predispone y condiciona la posible experiencia posterior. La historia del relato es así decisiva para la vida de la experiencia, tanto más porque en realidad un relato nunca está aislado, sino que por su naturaleza pertenece siempre a una historia, a una tradición de relatos. Antes de que empiece uno de nuestros relatos, otros ya nos han relatado los suyos. En concreto, nuestro relato siempre está precedido por el relato de quien nos ha llevado en su seno y de quienes han cuidado de nosotros. Nuestro nombre mismo ha sido relatado antes de que viniéramos al mundo y forma parte de un relato familiar. A su vez, los relatos familiares han sido precedidos por otros relatos y todos forman parte de un relato cultural más amplio, en el que se colocan históricamente, y así indefinidamente.

Desde un punto de vista experiencial, fenomenológico, podemos afirmar que el corazón de la familia se encuentra en la confluencia del amor conyugal y del amor paterno-filial. La diferencia sexual y la diferencia entre generaciones constituye, así el núcleo de la verdad sobre la familia. La identidad humana se constituye según esta doble relacionalidad: diferencial y generativa.

Esta doble diferencia, sexual e intergeneracional, corresponde a la estructura humana básica que se puede enunciar sintéticamente como “unidad en la diferencia”. La experiencia común, integral y elemental que todo hombre está llamado a vivir, por el mismo hecho de existir en un cuerpo sexuado, es siempre motivo de atenta reflexión. Es preciso reconocer que la diferencia sexual es un evento originario que, por consiguiente, no puede ser jamás superada. La justa promoción de la igualdad entre todas las personas, sobre todo entre el hombre y la mujer, ha conducido con frecuencia a considerar al diferencia como una discriminación.

Presentar la diferencia sexual como relevante para el hombre, no implica simplificar el modo como el hombre accede a tal experiencia, sino más bien una provocación a profundizar en la misma como fuente de significados. En la diferencia sexual se contiene, no una característica secundaria del amor humano, sino la razón definitiva de que la sexualidad sea principio de un simbolismo de un valor antropológico totalmente singular. En el fondo, la reducción de la dinámica sexual a un mero impulso instintivo, ha conducido a la ignorancia del valor simbólico de la sexualidad, que ha sido siempre una constante en las culturas de todos los tiempos.

La experiencia nos dice que entre el hombre y la mujer existe una recíproca inclinación y atracción. Esta atracción nace del deseo de una plenitud de vida. La realización de esta atracción e inclinación contiene una ambigüedad, pues puede configurarse fundamentalmente en una doble modalidad: la posesión o el don, el uso o el amor.

Es inevitable que nos preguntemos: ¿cuál de las dos formas es verdadera y justa? Únicamente la segunda, ya que el uso degrada la persona al rango de cosa; sólo la segunda ya que sólo el amor es la respuesta adecuada a la realidad de la persona. Cuando la atracción e inclinación sexual se realiza en la forma de la posesión, se lleva a cabo de manera falsa (en realidad no se realiza), y de manera injusta. Falsa porque equipara la persona a un objeto; injusta porque no trata a la persona como merece ser tratada. De este modo, solamente la forma del don realiza la sexualidad en la verdad y en la justicia. El don de sí -no simplemente del propio tener- tiene su lógica íntima que si no se respeta, el don de sí en realidad no ocurre. El don de la persona no puede no ser total. La razón es clara, pues el tener es mensurable, pero el ser es inconmensurable. El don de sí de la persona no puede ser total si no es definitivo: la definitividad excluye la particular medida del tiempo.

Llegamos, pues, a la siguiente conclusión. La atracción-inclinación sexual pide, exige realizarse en una auto-donación total y definitiva. Pero ¿no es ésta la definición de matrimonio que sustancialmente ha acompañado a la historia de la humanidad? La realización razonable -es decir conforme a la realidad de la inclinación sexual- de la sexualidad humana es el matrimonio, entendido como unión legítima entre un hombre y una mujer.

La identidad de la familia encuentra su raíz en el matrimonio. En realidad, para la cosmovisión cristiana, ambas son inseparables. El vértice de la unidad, generada por el amor entre el hombre y la mujer, se encuentra en la dimensión de la fecundidad: ella no puede ser concebida, de modo adecuado, separándola del amor (como documenta el uso de métodos anticonceptivos para la regulación de la natalidad), ni de la sexualidad (como ocurre en el uso indiscriminado de las técnicas de fecundación artificial, o de la manipulación genética). Se trata, por tanto, de mirar a la fecundidad no sólo como el logro de un proyecto humano, sino como una dimensión vocacional propia del amor conyugal.

Sólo la conciencia de que el gesto de amor entre el hombre y la mujer, coimplicados con todo su ser corpóreo-espiritual, es de por sí abierto a la fecundidad, custodia en aquellos que se aman el sentido pleno de su amor. De hecho, viviendo así, ellos son acompañados a descubrir que la gran unidad que el amor suscita entre ellos no se agota en una perfecta correspondencia Yo-Tú.

El descubrimiento que su amor puede donar la vida al hijo (pro-crear) provoca al hombre y a la mujer a reconocer que su unión se cumple cuando es vivida como don de sí: ellos se convierten el uno para el otro en la persona sin la cual la propia vida no puede ser ella misma.

3) La lógica de las relaciones familiares

Desde el punto de vista de las ciencias humanas, la familia es una organización de relaciones primarias fundamentada sobre tres diferencias, las que se dan entre *gender*, entre generaciones y entre estirpes, que tiene como objetivo y proyecto intrínseco la generatividad. La generatividad familiar no coincide con la simple reproducción biológica, sino que se realiza si sus miembros logran tratar de manera exquisitamente humana las relaciones familiares. La matriz simbólica que sustenta y alimenta estos vínculos familiares son cualidades como la confianza y la esperanza (polo afectivo) y la justicia y la lealtad (polo ético).

La dinámica de las relaciones familiares es la de dar, recibir y corresponder. Se trata de una lógica circular triádica, “trinitaria”. El don es la categoría central de este acercamiento. La lógica del don está dominada por la gratuidad. El don tiene una naturaleza expansiva y se encuentra en el origen de la generatividad familiar y social. En la familia se da no tanto y no solo para recibir, sino también para que el otro dé a su vez. Situarse en una genuina perspectiva familiar es aprender a pensar por generaciones, ver la sucesión de las generaciones y saber ser generativo: que la generación siguiente pueda sentirse generada y deseosa de generar. La generatividad es un excedente que emerge del vínculo familiar y que contempla sobre el escenario más generaciones.

Para ser generativo es necesario el principio de atención: la atención del pacto es lo que promueve el vínculo conyugal, la atención responsable y de la herencia es lo que promueve el vínculo generacional, la atención de la pertenencia es lo que promueve el vínculo fraterno, la atención de la pluralidad promueve el vínculo de la comunidad.

4) La familia en el designio de Dios

La familia no se autogenera ni es fruto de la inventiva humana. Su identidad más profunda proviene del Creador, del designio amoroso de Dios. Ahora bien, “¿qué hombre podrá conocer el designio de Dios?” (Sb 9,13). La pregunta que formula el versículo citado, tomado del libro de la Sabiduría, nos indica que se precisa una verdadera sabiduría para introducirse en el conocimiento del designio de Dios. La acción de Dios no nos resulta evidente y experimentamos, con frecuencia, la gran diferencia entre nuestros planes y los planes de Dios (Cf. Is 55,9). ¿Dónde encontrar esta sabiduría para conocer el plan de Dios sobre el matrimonio y la familia? Tal sabiduría no procede simplemente de la inteligencia humana ni tampoco se puede reducir a una pura acumulación de datos estadísticos, sino que tiene su fuente escondida en la Revelación divina, en el misterio del amor de Dios. Sí, para penetrar en el designio de Dios sobre el matrimonio y la familia hemos de introducirnos en la *lógica del amor*.

En el mundo en que vivimos estamos acostumbrados, más bien, a seguir la *lógica de la eficacia*, dirigida a resolver con la mayor celeridad posible la multitud de problemas que se nos plantean. Pero una “verdad sin amor”, constituida de forma intelectualista prescindiendo de la vida, que pretende imponer desde el exterior sus criterios y sus reglas a la experiencia, sume al hombre en la soledad de un estéril dominio, de un utilitarismo narcisista. Dios no sigue esta lógica racionalista de la eficacia, no se dedica a resolver los problemas de las familias, no porque no le importen sino porque más bien desea revelarnos su misterio de

comunidad. Conocer el designio de Dios va a implicar, por tanto, aprender a penetrar en la lógica del amor, ejercitarse en una verdadera amistad con Dios.

La lógica del amor no solamente es diferente de la lógica de la eficacia, sino que se distingue también de la *lógica de la emoción*. Una atracción superficial, pasajera, puramente sentimental, no nos hace felices. Un amor líquido que entroniza lo efímero, lo fugaz, lo etéreo, lo episódico, lo cambiante y sin compromisos, no es verdadero.

Si una verdad sin amor es claramente insuficiente, la solución no se encuentra en la fuga hacia lo irracional, pues un “amor sin verdad” queda inevitablemente relegado a la esfera de lo indecible. El amor no es mudo, no es ilógico, no es ciego, sino que, muy al contrario, es muy inteligente. Como afirma San Pedro Crisólogo: “el amor no puede quedarse sin ver lo que ama”. La luz del amor nos hace conocer de un modo nuevo a las personas que queremos, aunque éstas no sean como nosotros pretendemos.

Nos damos cuenta, de este modo, que la sabiduría a la que aludíamos es la sabiduría del amor, un amor verdaderamente capaz de construir una historia de comunión viva entre las personas. El plan de Dios sobre el matrimonio y la familia no es, por consiguiente, un plan perfecto, trazado ya de antemano, preestablecido y predeterminado, ante el que no nos quedara más remedio que ejecutarlo resignadamente y reproducirlo rutinariamente en nuestra propia vida, sino que es una historia de amor que se va descubriendo, poco a poco, y se va construyendo, paso a paso, en la particularidad de cada matrimonio y familia. La lógica del amor es, por consiguiente, el modo como Dios va realizando una historia de amor con el hombre.

La familia nace del pleno desarrollo de la lógica del amor humano. Es plenitud del amor sexualmente diferenciado y generativo. Por ello la generación expresa toda la potencia del amor, que se afirma aceptando humildemente ponerse a disposición de su posteridad. De este modo, la generación corrobora la ley fundamental de la trascendencia y de la dependencia simultáneamente que es propia del vínculo conyugal, que desde el inicio es libre autor de la institución matrimonial, que una vez constituida se sustrae a su arbitraria disposición. Es actor de la misma reconociendo que no es autor. En los hijos esta ley de la capacidad y de la humildad propia del amor se pone de manifiesto de modo muy claro.

5) Para concluir

La familia no es un problema sino un misterio. Por ello, su identidad es siempre inaferrable, dinámica, y nos da que pensar. Como hemos visto, en el corazón de la identidad familiar se encuentran el amor conyugal y el amor paterno-filial. Estos dos amores se refuerzan mutuamente en la lógica del don a la que está llamada la familia. Recibir, dar y corresponder son los movimientos que van articulando la vida familiar.

La pregunta por la identidad de la familia no es de naturaleza ideológica, sino profundamente existencial, pues nos afecta a cada uno a lo largo de nuestra vida. Es inseparable de la pregunta por nuestra propia identidad: quiénes somos y quiénes estamos llamados a ser.



6) Concretando

1. ¿Qué factores te parece que han influido más poderosamente sobre la familia en las últimas décadas?
2. ¿Qué quiere decir que la identidad de la familia es relacional?
3. ¿Qué papel juegan los relatos en la vida de tu familia?
4. ¿Qué relatos recuerdas que hayan configurado la historia de tu familia?

7) Compromiso de equipo

Sugerencias

-Rezar el Rosario por el sínodo de los Obispos sobre la familia

8) Y ¿cómo puedo ampliar?

E. SCABINI, *La identidad relacional de la familia*, BAC, Madrid 2013.

J.J. PÉREZ-SOBA, *El corazón de la familia*, Facultad de Teología San Dámaso, Madrid 2006, 173-178.

https://es.wikipedia.org/wiki/Iliá_Repin